

Chasqui

Revista Latinoamericana
de Comunicación

No. 60 - DICIEMBRE 1997

Director (E)

Jorge Mantilla Jarrín

Editor

Fernando Checa Montúfar

Consejo Editorial

Jorge Mantilla Jarrín

Fernando Checa Montúfar

Lucía Lemos

Nelson Dávila Villagómez

**Consejo de Administración de
CIESPAL**

Presidente, Víctor Hugo Olalla,
Universidad Central del Ecuador.

Mario Jaramillo,

Ministro de Educación y Cultura

Abelardo Posso,

Min. Relaciones Exteriores.

León Roldós, Universidad de Guayaquil.

Carlos María Ocampos, OEA

Consuelo Feraud, UNESCO.

Carlos Ayala, FENAPE.

Héctor Espín, UNP.

Tulio Muñoz, AER.

Asistente de Edición

Martha Rodríguez

Corrección de Estilo

Manuel Mesa

Magdalena Zambrano

Portada y contraportada

Miguel Betancourt

Impreso

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL.

Apartado 17-01-584. Quito, Ecuador

Tel. 506 149 544-624.

Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec

Registro M.I.T., S.P.I.027

Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de CIESPAL o de la redacción de Chasqui. Se permite su reproducción, siempre y cuando se cite la fuente y se envíen dos ejemplares a Chasqui

NOTA A LOS LECTORES

“A gréguele un poquito más de glóbulos rojos” fue la sugerencia, casi orden, de un director al cronista policial de su diario. Y es que en medios donde la información no es un bien social, sino una mercancía, el tratamiento morboso y espectacular de la violencia degenera en un “periodismo de las morgues que lucra del morbo mortuario”, pero que también incrementa lectores, *rating* y, consecuentemente, el ingreso por publicidad (los anunciantes no son inocentes en este negocio, fenómeno mediático que ha determinado que en algunos países, como Ecuador, los diarios y espacios televisivos sensacionalistas ocupen los primeros lugares en la preferencia del público). Este tipo de periodismo, a través de sus valores-noticia y su estilo, refuerza estereotipos machistas y racistas: es casi un delito ser mujer, joven u homosexual, mucho peor si, además, se es pobre, negro o indio.

Pero, ¿será que el público necesita de este periodismo para exorcizar, de alguna manera, su drama personal y familiar?, ¿será que el famoso “gusto del público”, argumento utilizado por algunos directores de medios, es aceptable para justificarlo? El “gusto del público” no es más que un artificio no válido, pues han sido los mismos medios los que han configurado ese gusto y, por eso mismo, se puede construir otro tipo de estética como ya lo han hecho algunos espacios y medios en nuestra región. En este sentido, el periodismo policiaco “debe -dice Rubem Fonseca- mostrar los diversos mecanismos a través de los cuales se muestra una sociedad que parece marchar hacia su desintegración. La corrupción administrativa, el tráfico de estupefacientes, la plutocracia, son los hilos que atrapan a la sociedad como en una tela de araña, y que hay que desenmascararlos”. Con **Crónica roja: espectáculo y negocio** esperamos fortalecer una práctica de periodismo judicial o de sucesos (lo de crónica roja es un convencionalismo discutible) que más que centrarse en los hechos (como espectáculo y negocio) se centre en los procesos que están detrás de la violencia y la corrupción, de una manera responsable y creativa.

Más que de divulgación o de popularización de la ciencia, algunos autores prefieren hablar de “alfabetización científica”, “entendimiento o conocimiento público de la ciencia” o “cultura científica”. En cualquier caso es evidente la importancia que la divulgación científica tiene actualmente, más aún si consideramos que ella tiene un atraso con respecto al avance científico y que hay un desfase entre la gente común y la comunidad científica. Ya Einstein destacó esa importancia: “... Si los conocimientos científicos se limitan a un pequeño grupo de hombres, se debilita la mentalidad filosófica de un pueblo, que camina así hacia su empobrecimiento espiritual”. Y aunque algunos científicos creen que no puede haber popularización de la ciencia sin menoscabo de lo sustancial, hay otros que no solo han creído que ello es posible, sino que lo han hecho de una manera brillante: el mismo Einstein, Adam Smith, Max Plank, Darwin, Julián Huxley... Con **Divulgación y divulgadores de la ciencia**, Chasqui retoma (ya lo hizo en su edición 55) este tema y, a propósito, rinde un homenaje a grandes divulgadores, lamentablemente ya fallecidos: Carl Sagan, además de divulgador, profundo crítico social; Isaac Asimov, creador de mundos y de una prolífica obra (cerca de 500 libros publicados); Jacques Cousteau explorador y “cineasta de TV” como a él le gustaba llamarse, y Aristides Bastidas, luz (aunque ciego los últimos años de su intensa vida) e impulsor del periodismo científico iberoamericano.


Fernando Checa Montúfar
Editor

CRONICA ROJA: ESPECTACULO Y NEGOCIO



En medios donde la información es una mercancía, y no un bien social, la crónica roja degenera en productos abyectos, lo cual, muchas veces, implica un incremento de las ventas y el rating ¿Por qué?

- 4 De la crónica roja al morbo mediático
José Sánchez-Parga
- 8 Violencia, discurso y género
Pilar Núñez, María F. Noboa
- 12 Crónica roja: ni blanco ni negro
Orlando Pérez
- 16 Jóvenes y medios: la construcción del enemigo
Rossana Reguillo
- 20 La sangre como espectáculo
Rubén Darío Buitrón

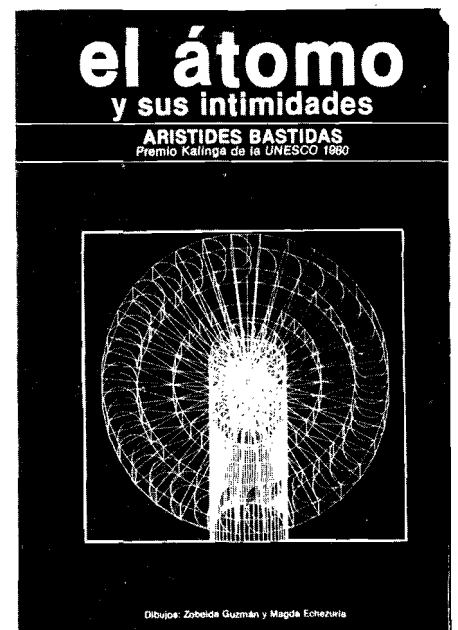


- 24 Colombia: encrucijada de violencia sin color
Jorge Cardona Alzate
- 29 México: una construcción de verdad en la crónica policial
Sarah Corona Berkin
- 33 Brasil: TV, ficción, realidad, verosimilitud
Elizabeth Rondelli
- 46 Isaac Asimov, creador de mundos
Alexis Schlachter
- 48 Cousteau regresa al mundo del silencio
Manuel Calvo H.
- 50 Arístides Bastidas: Pionero del Periodismo Científico en Venezuela
CPCV
- 53 Los científicos y los viajes espaciales
Peter Schenkel

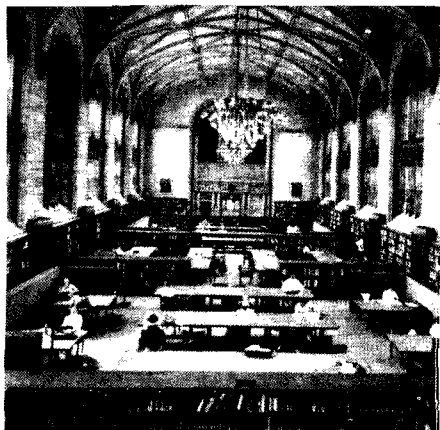
DIVULGADORES DE LA CIENCIA

Frente al desfase entre divulgación y avance científico es importante intensificar esfuerzos para que la primera crezca cualitativa y cuantitativamente. Muchos científicos se dedicaron a ella de manera brillante. Aquí, un homenaje a algunos de ellos.

- 38 Objetivos de la divulgación de la ciencia
Manuel Calvo H.
- 43 El rey de los divulgadores ha muerto
Peter Schenkel



APUNTES



55 Educar y comunicar para la diferencia
Daniel Prieto C.

60 Murgas: El canto de barrio en barrio
Juan Eduardo Curuchet

64 Cuba: 75 años de radio
Ignacio Canel Bravo

68 Los libros no muerden. Una dieta
Christian Ferrer

73 Religiosidad catódica
Luis Ignacio Sierra G.

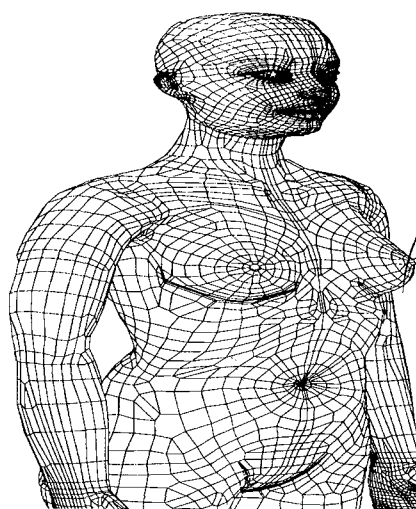
ENTREVISTA

76 Mattelart y la sociedad mediatizada
Martha Cecilia Ruiz

78 Román Gubern: la mirada alternativa en un "viaje de ida"
Stella Maris Poggian

NUEVAS TECNOLOGIAS

81 Telemática, mediación y sociedad
Artur Matuck



IDIOMA Y ESTILO

86 Una curiosa historia del "programa a cumplir"
Hernán Rodríguez Castelo

89 NOTICIAS

91 RESEÑAS

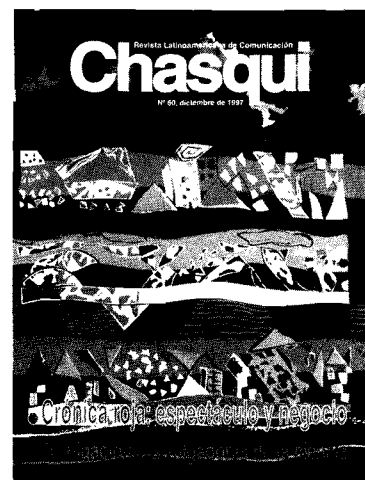


PORTADA Y CONTRAPORTADA

MIGUEL BETANCOURT

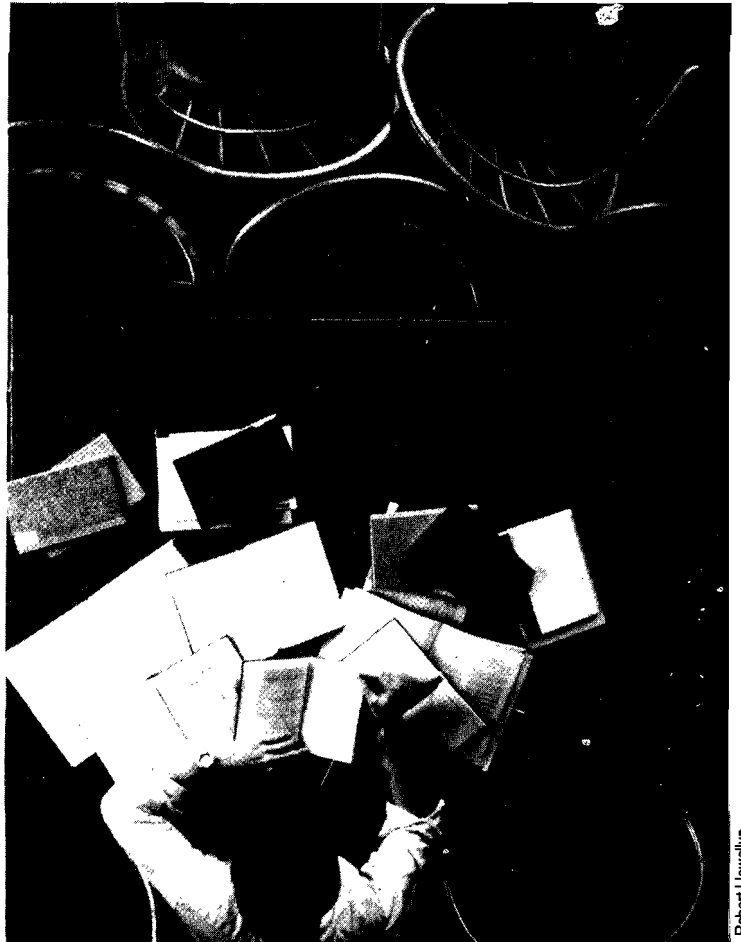
"Volando sobre un poncho".
Serigrafía 76 x 56 cm

"Ciudad que flota en la memoria"
Acuarela y carboncillo 105 x 75 cm.



Los libros no muerden. Una dieta

¿Existen relaciones gastronómicas entre libro y mirada? Baudelaire dijo alguna vez: "Un hombre sano puede pasarse dos días sin comer. Sin poesía, nunca". El suponía al verso eficaz sustituto del desayuno. El autor de este artículo plantea que es una dieta posible: la mirada reemplaza al sentido del gusto y se pregunta si no es ella misma un órgano del gusto. En cualquier caso, concluye que el libro es apenas un primer pórtico a la pregunta ¿qué es estar vivo?, los libros no pueden responder, dice, pero nos enseñan a hacernos esa pregunta.



Robert Lewellyn

Un proverbio argentino popular asevera que "los libros pueden ser agarrados, porque no muerden". La expresión, sabia y sarcástica, fue difundida por un programa radial de los años 50 y gozó por un tiempo, quizás un tiempo ya extinto, del beneficio máximo a que puede aspirar una locución ocurrente: su acuñación bucal bajo la forma

CHRISTIAN FERRER, argentino. Sociólogo, profesor en la Universidad de Buenos Aires.
E-mail: cferrer@mponline.com.ar

redonda de la frase hecha. Poco podemos especular acerca del filo dental de los libros, aunque nada perdemos con aceptar que también ellos tienen raras costumbres, como cualquier otro objeto dotado de "maná" o de "soplo divino". Así, en *Fahrenheit 451*, Ray Bradbury imaginó que un libro caía desde un altísimo secreto "aleteando como un pájaro". El pájaro, tan perfecto como cuadrado, fue ocultado por el Bombero Montag (cuya misión consistía en reducir el papel a polvo) en su pecho. Se diría que ese plumaje de papel era una transfiguración

del espíritu santo, encarnado en la forma de libro.

Los libros tienen su mundo propio y escasamente explorado. Y aunque no suponemos su autonomía vital, sin duda sus personajes y temas sí son capaces de abordar y de modificar el derrotero de ese barco llamado cuerpo humano. Nos basta con proponer que los libros, además "de morder", también pueden ser mordidos por los lectores. Y hay numerosos, quizás infinitos, modos de tragárselos y muchas mañas con respecto a ellos.

Un hecho gastronómico

En apariencia, comer es una actividad natural y leer es consecuencia de la preparación cultural. Décadas de automatización escolar y una tradición "cultural" han aureoleado a la palabra "libro" con sentimientos tiernos o solemnes. En verdad, la lectura -si es experiencia y no mero requisito de los momentos profesionales u ociosos- es una actividad contranatura y salvaje. La adicción a los libros nos arrebatada de nuestra condición inevitable de seres prácticos y utilitarios. La lectura es contranatural porque supone esfuerzos físicos continuos -y a la postre incómodos- y trabajos espirituales desacostumbrados, al quedar involucradas técnicas de concentración mental y de atención visual casi sobrehumanas, que nos exigen desbaratar la cronometración del tiempo a fin de poder habitar épocas que nunca han ocurrido o que quizás nunca tendrán lugar. La lectura tan solo "dura" y tal instante duradero solo declina cuando el sueño o la intromisión de estímulos exteriores superponen el cuadrante del reloj sobre nuestra intimidad con los libros. En suma, la lectura es una pasión a la cual entregamos el tiempo que no tenemos. ¿Cómo ocurre entonces que una persona, una vez superados los escalafones escolares y los umbrales etarios, quiera seguir siendo un lector?

Cierto tipo de libros son virus mutantes que escapan de su función cultural y adquieren propósitos intrusivos, que sin duda estaban supuestos en su confección pero raramente desplegados. Difícilmente se entiende la potencia de un libro si se lo mantiene a distancia. Distancia significa "objetivación" del bien cultural llamado libro. Un libro requiere de la aproximación máxima a esos labios silentes que aceleradamente deletrean vocales, consonantes, signos de puntuación, enunciados y parrafadas enteras hasta ser absorbidos de una sola bocanada bajo la forma del relato o el concepto al fin capturados. Lo que el alimento y el agua son al hambre y a la sed, lo es el libro a la mente inquieta. Y una cualidad de nocturna urgencia animal empuja la mano tanto hacia la mesada como hacia la mesa de luz. La pulpa carnosa de un libro trasciende su papel, y deviene una papilla lexical nutritiva pero también indigesta. Cualquiera

puede leer un libro: es el derecho del ciudadano alfabetizado. Pero no cualquiera puede comérselo.

Los sociólogos suelen analizar las "prácticas de lectura" y las asocian a la tradición letrada iniciada por el modelo de familia de viejo cuño burgués y por la escuela enciclopedista. No es raro que terminen explicando la decadencia de la lectura por la rotación generacional o la crisis de la escuela. La familiaridad con el alfabeto y la gramática no necesariamente habilitan el comercio carnal con el libro. ¿Acaso olvidamos que el bombero Montag de *Fahrenheit 451*, y que tesoramente atesoraba libros rescatados del lanzallamas, no sabía leer? Muchos lectores solo experimentan una actividad ingenua (buscan recreación o bien le creen al autor una supuesta verdad) y muchos otros lectores que gustan de considerarse "expertos" solo realizan una operación intelectual de tipo "suspica" (exponen la cualidad ideológica de un libro o bien engullen porciones de saber a la moda que pronto han de ser evacuadas a fin de hacer lugar a nuevos menús académicos). Así quedan fuera de cuestión el valor espiritual de un libro y el impulso emocional que conduce al lector a tragárselos.

En sus *Consejos a los jóvenes escritores*, Baudelaire sugirió que "Un hombre sano puede pasarse dos días sin comer. Sin poesía, nunca". Lo que interesa de esta advertencia no es su retintín provocativo sino la relación que Baudelaire establece entre comer y leer. Si la boca, evidentemente, tiene comercio tanto con los alimentos y los cuerpos como con las palabras, entonces hablar, besar y comer se pertenecen mutuamente. Prácticas orales. El cuerpo macera lo que el espíritu deglute o somete a prueba. Saber y sabor: delta de un mismo afluente etimológico. La palabra "espíritu" a que hemos recurrido sugiere una diferencia con la figura del intelectual, entendida en un sentido tan amplio que incluye a la maestra de *kindergarten* y al policía que le espota la declaración de derechos a un detenido. No todo hombre espiritual es un intelectual y no necesariamente todos los intelectuales son hombres del espíritu. La tradición del intelectual es la del hombre público. Y en el espacio público se pone a prueba el virtuosismo oratorio o escritural, como también la virtud de un político o

de un intelectual: el exceso o defecto de virtuosismo conducen a hipocresías simétricas. En tales extremos descubrimos que las palabras no están enraizadas en el cuerpo: ¿para qué dar la cara? Bastan las máscaras de la retórica y la ilusión del tiempo verbal futuro. Pero el hombre del espíritu ha de rumiar mucho las letras si no quiere acabar hablando de más, con la boca llena de palabras. Masticar los libros conduce a una dietética personal en el terreno del conocimiento. Friedrich Nietzsche postuló que "un pensador ha de conocer, ante todo, la capacidad del propio estómago". Simone Weil, en sus *Vacilaciones sobre el bautismo*, propuso el problema de una manera menos anatómica aunque simétrica. Escuchémosla: "En tanto me resulta posible, no leo sino aquello de que tengo hambre, en el momento en que tengo hambre, y entonces no leo sino que como". Un libro, una hostia.

Gastronomía y cultura. Pues el cuerpo es el teatro de operaciones de la historia, de los poderes y los saberes. Es

Pues el libro es arma arrojadiza, bomba de explosión retardada, proyectil bacteriológico. Por un libro se ha luchado, a través de los libros se ha luchado. Libelos, manifiestos, biblias, profecías, manuales, abecés. Cada formato y cada género letrado ha absorbido los regueros secos de sangre y el anhelo de redención que traman la historia de la que ellos mismos han sido testigos o protagonistas.

un campo de batalla. Y entre tantas escaramuzas, se escenifica allí el drama belicoso entre modos distintos de leer. Pues el libro es arma arrojadiza, bomba de explosión retardada, proyectil bacteriológico. Por un libro se ha luchado, a través de los libros se ha luchado. Libelos, manifiestos, biblias, profecías, manuales, abecés. Cada formato y cada género letrado ha absorbido los regueros secos de sangre y el anhelo de redención que traman la historia de la que ellos mismos han sido testigos o protagonistas.

Las teorías de la recepción, al uso en los ambientes académicos de las ciencias de la comunicación, son empobrecedoras al asociar las tácticas del consumo cultural únicamente a la conciencia de época, a la clase social o a las tecnologías adoptadas por una generación. Pues un cuerpo lector consume, con mayor o menor intensidad, a la manera de los antropófagos: los ojos son dientes, las emociones se transforman en sutiles papilas gustativas, la vida entera de una persona se vuelve "mañosa" o "glotona". Existe el metabolismo del lector. Los libros penetran el cuerpo a la

Cada cual devora según su mirada. Hay miradas mañosas: optan, descartan, facetan un punto de vista. Hay miradas anoréxicas: consumen poco y nada. Hay miradas de obesos: engullen indiscriminadamente. Mirar no es una actividad sencilla... Mirar es un arte.

manera de los huéspedes o de los intrusos, o de los amigos ya conocidos. Al subvertir la anatomía, personajes y temas se enredan en las emociones y en la memoria. Luego, recordamos racionalmente esos instantes infinitesimales en donde la química de la lectura permitió "abrir la cabeza", "encoger o regocijar el corazón", "ampliar el ángulo de mira". En fin, los modos en que cuestionamos desde adentro al principio de identidad y a la realidad, que es siempre fascista porque es única, y cuyos enunciados son siempre imperativos, urgentes y de sentido común porque en ellos un sujeto despótico anda predicando la gramática de un Estado.

Un menú para todos los gustos

Los libros nos invitan a cenar con huéspedes invisibles aunque notorios. En la solitaria sobremesa de todo lector se es convocado a tener conversaciones con muertos, a quienes a veces escuchamos con más gusto que a los vivos. A esos sobrevivientes los llamamos clásicos. En sus páginas se ofrecen secretos de paso (saberes iniciáticos), de origen (las redecillas etimológicas que tiemblan en cada palabra pronunciada), del *puzzle* (los afluentes históricos que administran soterradamente a la "actualidad"), de historia (los testimonios que dejan en claro que algo ha sido puesto fuera de cuestión y de cuestionamiento), de vocabulario (los matices del lenguaje) y, en fin, secretos mágicos (el ábrete sésamo, fórmula que el buen lector ha de pronunciar, esperanzadamente, a cada vuelta de página). La palabra es clave de acceso y pórtico del políptico lexical, nos permite refinar la calidad de lo visto, de lo oído y de lo intuido. ¿Cómo no cuidar de nuestra biblioteca? Pésimo bibliotecario quien solo acopia libros que cimentan un saber profesional o una constante generacional. Cada libro y cada estante irradian "algo" que el buen lector percibe tanto como la presencia próxima y evidente del calor de la estufa.

Por otra parte, una buena biblioteca va creciendo en forma teratológica. El artefacto de Gutenberg ha parido toda suerte de monstruos, que habitan tanto en el así llamado "infiernillo" de las bibliotecas públicas, como en las zonas donde se resguardan los antiguos misales y libros de horas. La calidad de lo irradiado depende de la variedad. De

otro modo, una biblioteca solo expone los vestigios de la edad de formación o bien la evidencia circunstancial de la puesta al día de un saber profesional. La variedad permite que ciertos libros nos produzcan indigestión. Nos referimos a los libros que "tocan" temas escabrosos, siniestros o vedados. Somos desafiados a atravesar el asco para poder asimilarlos. La literatura pornográfica o los relatos de traiciones y vilezas son ejemplos posibles. En cambio, los libros que testimonian el horror apenas nos conceden un atisbo de la orilla tenebrosa. Pues nada nos pueden enseñar de lo inenseñable: el horror de los campos de exterminio o de las matanzas étnicas, de la experimentación biotecnológica o de la masacre atómica. Pero atestiguan algo: su haber acontecido y su actual presencia. Intentar comprender es aquí obscuro y es preciso detenerse antes de ultrajar la memoria de las víctimas.

¿Qué resta después de la lectura? Un pozo de imágenes, una borra, rastros. La memoria de lo que no existió, de lo que no es aún, de lo que quizás nunca existirá. Rastros involuntarios: ni la erudición ni las nemotécnicas son sucedáneos eficaces de lo que ha sido macerado en el cuerpo y en la memoria. Es el modo en que un libro deviene "formación sintomatológica". Cada saber que han ofrecido se reactiva en la memoria y en las emociones cuando necesitamos comprender o testimoniar acontecimientos confusos o inesperados. Esos rastros de lo inexistente o de lo olvidado nutren la imaginación radical de una persona o de un pueblo. Así, el fantasma que recorría Europa en un Manifiesto, la ballena que se tragó a Jonás en un antiguo libro bíblico o la conejera por donde Alicia desapareció de la superficie del mapa. Rastros de personajes, temas o saberes y que conforman un caldo de cultivo. Un libro es un contaminante eficaz. Difícilmente se pueda enseñar o imponer a un ser en edad escolar la pasión por la lectura pero sí contagiar la emoción de un lector atento a otro lector incipiente. Tal cual la gramínea en el césped, el contagio es un vínculo más poderoso entre personas que la lección de gramática. Del mismo modo, ni la importancia de la deliberación ética ni la sustancia de un ideal emancipatorio son enseñables. Solo son contagiables.

A veces, tanto nos atrapa un libro, tanto nos hemos aficionado a sus personajes, que preferiríamos que su historia fuera interminable. Con tenacidad de avaros ralentamos la lectura hasta que al fin arribamos a la última página. Ocurre que los libros enseñan que las cosas terminan: el honor, las biografías, los objetos atesorados, los afectos. Todo está amenazado por el desplome, la tragedia y el olvido. Y los libros aconsejan tanto el estoicismo como la rabia ante esta verdad biológica e histórica. O bien nos enseñan la importancia de las metamorfosis. Y toda transformación del alma, del cuerpo o de la fortuna sucede entre elevamientos y derribamientos, entre ensalzamientos e infamaciones. Finales y metamorfosis encapullan y despuntan, espasmódicamente, todas las biografías. Ellos transmiten esa lección porque durante el tiempo de la lectura se transforman en ballenas. Creíamos que estábamos degustando los capítulos cuando habíamos sido tragados por un cetáceo. Como Jonás, quien fue tragado y tres días más tarde escupido por una enorme ballena, también a nosotros se nos permite meditar encapsulados sobre nuestra misión vital, sea que a ella asuamos o que de ella huíamos.

“Devórame otra vez”

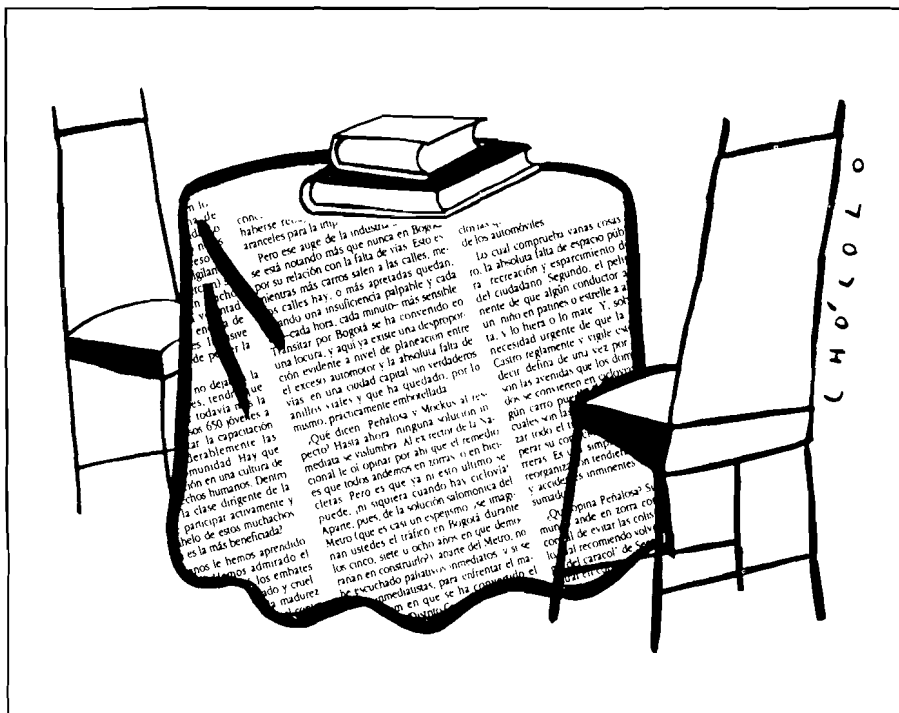
¿Pero qué resulta del ciclo interminable de la televisión, que expone la mirada a un estado perceptivo continuo? No son equivalentes el árbol del conocimiento y la antena parabólica. Una metáfora feliz utilizada por el sociólogo Oscar Landi unos años atrás sugería que las pantallas son “devoradoras”. Su libro se titulaba *Devórame otra vez. Qué hace la gente con la televisión, qué hace la televisión con la gente*. Pero quizás no importen tanto las tácticas cotidianas de devoración en que unos y otros se satisfacen, sino atender a lo que las tecnologías mediáticas hacen con los ojos. Cada cual devora según su mirada. Hay miradas mañosas: optan, descartan, facetan un punto de vista. Hay miradas anoréxicas: consumen poco y nada. Hay miradas de obesos: engullen indiscriminadamente. Mirar no es una actividad sencilla. No es una mera actividad fisiológica-perceptual ni resultado de un aprestamiento cultural: mirar es un arte.

La calidad de lo visto y la habilidad para reconfigurar y jerarquizar las formas que se nos ofrecen a la vista dependen de la artesanía ocular que cada cual faceta. Al carácter nutritivo de las pantallas es preciso analizar, mucho

Las dificultades de académicos e intelectuales para analizar los efectos de la televisión se explican por los efectos de la televisión sobre los propios estudiosos.

más en una época en que estrategias ministeriales postulan que una escuela dotada de televisiones, computadoras y acceso a Internet puede eyectar al futuro a niños que nunca han probado un libro, y muchas veces, ni siquiera el pan del desayuno. De todos modos, no conviene oponer fácilmente el libro a la pantalla. El 99% de los libros publicados son prescindibles y el 99% de la programación televisiva es olvidable. A lo que actualmente asistimos es a la industrialización de la visión a través de una decodificación perceptiva automática de lo real. En una época inmediatamente anterior se industrializaba la conciencia a través de técnicas memorizadoras y de saberes repletos de lugares comunes elevados a rango científico. Una vez más: lo que importa es preguntarse por el arte de mirar tanto como por el arte de leer; artes en las cuales el refinamiento visual o lexical y el cuerpo entero se involucran en un acto estético, ético y político.

Las dificultades de académicos e intelectuales para analizar los efectos de la televisión se explican por los efectos de la televisión sobre los propios estudiosos. Del mismo modo que los análisis de las prácticas de lectura fracasan cuando las consideran únicamente desde el ángulo iluminista o como transmisoras de saberes útiles para ganarse la vida, también los investigadores de la te-





Archivo, Universidad de Chicago

Una buena biblioteca va creciendo en forma teratológica, pues el artefacto de Gutenberg ha parido toda clase de monstruos

levisión fallan cuando solo atienden a la reconfiguración que la recepción popular hace del flujo televisivo. La voluntad de ver televisión es comprensible en un mundo solo asible como representación: tal voluntad supone operaciones de saber. Un índice de tales operaciones podría ser rastreado en la conversación cotidiana: para mensurarlas habría que disociar en las prácticas hablantes lo que es "opinión pública" de lo que es lenguaje inmediato, contante y sonante. Otra cosa son los "efectos" de los medios sobre los especialistas en comunicación: se repite ahora que la recepción del flujo televisivo por las audiencias transnacionales nunca es dócil ni unidimensional sino activa e, incluso, partisana. Se trata de una inversión del dogma de los años 70, época en que los determinantes políticos del conocimiento concedían al concepto de "manipulación" -pulseada por el poder, conflicto de clases- una centralidad y respetabilidad que hoy se han desplazado a los determinantes culturalistas y tecnologicistas del concepto de "recepción popular" -a modo de ej.: antena parabólica, control remoto-. Es curioso que en la última década la academia haya tendido a soslayar las aristas políticas en el análisis de los medios. Aristas que jamás estuvieron ausentes durante la larga historia de la circulación de la letra de molde.

La constatación de la destrucción de la formación escolar no es la única causa de la desazón de los maestros. Las dificultades inmensas que cualquier profesor arrostra para poder contagiar el placer de la lectura son también causa de esa inquietud. Por supuesto, sabemos que la mayoría de los textos o fichas bibliográficas que los alumnos estudian de memoria son áridos cuando no estériles. Pero son los propios maestros quienes se han vuelto incapaces de transmitir la herencia dejada por el pueblo de los muertos luego de su gran migración: la memoria histórica y cultural acumulada a lo largo de milenios. Los libros -y no son innumerables los libros fundamentales para comprender esto- permiten que nos unamos al pueblo misterioso y desvaneciente de los antepasados. En sus voces y testimonios ahora menguantes y crujientes cualquiera puede escuchar el clamor de los vencidos, de los engañados y de los martirizados. Las inútiles oposiciones entre texto e hipertexto o la aún más necia entre apocalípticos e integrados no pueden dar cuenta de este problema. No se trata de modernizar nuestras tecnologías ni de integrarse celebratoriamente al coro de época, sino de preguntarnos por la cualidad nutritiva de los libros de texto que usamos y por la deficiente fe de los maestros en su propia misión, que nun-

ca ha consistido en diagramar sistemas de pensamiento, sino en transmitir algunas palabras clave y algunos signos refractarios a las nuevas generaciones, pertrechos para un camino espinoso que también transitaron sus antepasados.

Pero los libros no son fetiches, aunque sean objetos históricos amenazados. Yo solo pretendí que se atendiera al hecho de que los libros no constituyen únicamente un bien cultural sino un vévere. Comer vegetales o carnes garantiza la extensión de la vida. Pero comer libros no necesariamente garantiza el acceso a la intensidad de la vida. Cuando el ya nombrado bombero Montag encuentra a un viejo profesor que podía leerle los libros que ha ido salvando del fuego, este le dice que, en su opinión, lo que el bombero Montag buscaba lo podía encontrar quizás en un libro, pero también en una película, en una persona o en un paisaje. Porque no buscaba conocer el significado de las palabras impresas sino la significatividad de lo que ellas enunciaban. Y eso se puede encontrar en objetos históricos que trascienden la forma "libro". Lo que importa del libro no es su cualidad de fetiche histórico sino su cualidad dietética. Un libro es apenas un primer pórtico a la pregunta: ¿qué es estar vivo? Los libros no pueden responder, aunque nos enseñen a hacernos esa pregunta. ●